

# DE METAHISTORIA A EL PASADO PRÁCTICO: RETÓRICA, NARRATIVA E IDEOLOGÍA EN HAYDEN WHITE

RAFAEL PÉREZ BAQUERO  
Universidad de Murcia

RESUMEN: El objetivo del artículo es presentar una interpretación diacrónica del pensamiento de Hayden White, resaltando sus líneas directrices y las diferentes discontinuidades por las que transita su obra. Vamos a defender que los cambios que experimenta su teoría deben interpretarse tomando como marco las variaciones de las relaciones entre la dimensión retórica y la ético-política, ya que la primera resulta prioritaria al inicio de su obra y la segunda al final. A su vez, trataremos de justificar que estos cambios son una consecuencia de las alteraciones en su teoría del lenguaje. Nos referimos concretamente a modificaciones derivadas del énfasis en el carácter performativo de la función poética del discurso histórico.

PALABRAS CLAVE: tropología; narrativa; ideología; performatividad; metahistoria; ironía.

## *From Metahistory to The Practical Past: Rhetoric, Narrative and Ideology in Hayden White*

ABSTRACT: The purpose of the article is to develop a diachronic interpretation of Hayden White's thought in order to reveal its most relevant assumptions and the different discontinuities of his works. In this sense, the changes of his theory should be understood taking into account the variations of the relationships between the rhetoric dimension and ethic-political dimension. The first one is structural at his earlier works and the second is structural at the latter. Besides, this variation is a consequence of the modifications of his theory of language. These modifications consist in the emphasis of the performative condition of the poetic function of historical discourse.

KEY WORDS: Tropology; Narrative; Ideology; Performative; Metahistory; Irony.

### INTRODUCCIÓN

Una breve atención a la producción bibliográfica en el ámbito de la filosofía de la historia de las últimas décadas nos lleva a la siguiente constatación: no se puede investigar en torno a la teoría de la historiografía como si *Metahistoria* —la obra más relevante de Hayden White— no hubiera sido escrita. Ya sea para defender y extraer conclusiones de sus presupuestos o para deslegitimar la corriente teórica que inauguró, resulta imposible soslayar la presencia de este texto. Prueba de ello es que algunas de las revistas más importantes en este ámbito, como *History and Theory* —activa desde 1966—, *Rethinking History* —activa desde 1997— o *Journal of the Philosophy of History* —activa desde 2007—, se llegaron a convertir en soportes para la discusión en torno a la validez de esta nueva orientación en el pensamiento metahistórico: la denominada filosofía de la historia *postmoderna* o *narrativista*<sup>1</sup>. Pese a que al propio Hayden

---

<sup>1</sup> Retomamos este término del ensayo de Frank R. ANKERSMIT, «The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History» en: *History and Theory, Beiheft 25, Knowing and*

White ha rechazado aplicarse a sí mismo el epíteto «filósofo de la historia»<sup>2</sup>, su producción constituye una de las principales aportaciones a este campo en el pasado siglo. Por tanto, aunque los artículos y recopilaciones de ensayos exegéticos respecto a la obra de White son numerosos<sup>3</sup>, esta labor debe seguir siendo renovada constantemente. Especialmente si tenemos en cuenta que, desde que en 1973 escribiera *Metahistoria*, Hayden White no ha dejado de producir artículos en los que trata de redefinir, aclarar, aplicar y, parcialmente, modificar, algunas de sus teorías.

El texto que presento trata de contribuir a este proceso de interpretación. Su mayor virtualidad consiste en incluir en el recorrido de su pensamiento las aportaciones derivadas de su última obra —*The Practical Past* (2014). Se tratará por tanto, de establecer los hilos de continuidad entre *The Practical Past* y los textos anteriores del teórico norteamericano. El objetivo es el de ofrecer una imagen diacrónica de su pensamiento para dar cuenta de cómo se ha ido adaptando a los nuevos objetos y desafíos de la representación histórica. A partir de ese punto será posible, además, analizar la validez de algunas de las críticas que se han dirigido hacia su obra.

El hilo conductor de este análisis e interpretación será el de especificar cómo se relacionan las dimensiones retórica e ideológica en su teoría metahistórica. Este esquema constituye, a nuestro juicio, un modelo para interpretar la evolución de su pensamiento. La subordinación del ámbito explicativo al resto es una constante a lo largo de la obra de White. Tanto la idea de la *explicación por argumentación* como dependiente de un acto de prefiguración de tipo poético en *Metahistoria*, como el *efecto explicativo* derivado de la configuración narrativa del texto defendido en *El contenido de la forma*, dan cuenta de ello. Ahora bien, las relaciones existentes entre el ámbito retórico y el ideológico resultan más polémicas y ambivalentes. Por un lado, en su primera obra, la explicación por *implicación ideológica* sólo tiene sentido como dirigida hacia un

---

*Telling History: The Anglo-Saxon Debate*, 1986, pp. 1-27. En el ensayo citado plantea una contraposición dicotómica entre la denominada filosofía de la historia epistémica —que abarca buena parte de la teoría de la historia vigente durante la primera mitad del siglo XX— y la filosofía de la historia narrativista, de la que forman parte tanto Ankersmit como el propio White. El elemento que permite distinguir de forma tan tajante entre ambas lo encuentra Ankersmit en el conjunto de relaciones en las que se enmarcan. Mientras la teoría tradicional se dedica a investigar las relaciones entre las proposiciones históricas y los hechos del mundo para buscar dónde residen las condiciones de validez de las primeras y del conocimiento histórico en general, la teoría narrativista se limita al ámbito lingüístico. Es decir, se centran en la naturaleza de los recursos lingüísticos de los que hace uso el historiador para dar cuenta de nuestra comprensión del pasado.

<sup>2</sup> DOMANSKA, E.; KELLNER, H.; WHITE, H., «Hayden White: The Image of Self-Presentation» en: *Diacriticks*, Vol. 24, n 1, April 1994, pp. 91-100, p. 92.

<sup>3</sup> Citamos aquí tres de las compilaciones que han tenido un mayor impacto: Ankersmit, F. R.; Domanska, Ewa; Kellner, Hans (eds), *Re-figuring Hayden White*, Stanford University Press, Stanford 2009. Doran, Robert (ed), *Philosophy of History After Hayden White*, Bloomsbury Publishing, London 2013. Bolaños, Aitor Manuel (cord), *Metahistoria 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden White*, Logroño, Siníndice Editorial, 2014.

campo histórico previamente configurado por los tropos. Pero en *El contenido de la forma* la insistencia en el potencial performativo de la narrativa refleja un esquema argumentativo que no se adecúa isomórficamente al anterior. Prueba de este cambio de orientación es que los conceptos axiales que vertebran ambos textos son diferentes. Veamos cómo plantea Elizabeth A. Clark este cambio de enfoque en *History, Theory, Text: Historians and the Linguistic Turn*: «En el momento en el que White redactó los ensayos que constituyen *El contenido de la forma*, los tropos habían sido completamente remplazados por las “políticas de la interpretación” y por la atención a la función ideológica del lenguaje»<sup>4</sup>. A lo largo de las siguientes páginas ofreceremos una interpretación que dé cuenta y explique los motivos subyacentes a este cambio de enfoque. Vamos a tratar de mantener la tesis según la cual existe un principio que permite explicar las modificaciones que ha sufrido la propuesta de White desde *Metahistoria*: la evolución del modelo lingüístico del que hace uso White a la hora de analizar el texto histórico.

Por otro lado, para delimitar el peso de estas discontinuidades, defendemos la presencia de un objetivo común que permite sintetizar la obra de Hayden White: La tentativa de proporcionar al historiador recursos metodológicos para mantener una actitud autorreflexiva respecto a los presupuestos subyacentes al propio proceso de escritura de la historia. Tanto la caracterización de la ironía como un tropo que necesariamente implica la autoconciencia respecto a su propio proceso de figuración, como la adopción del *modernismo literario* para representar los traumáticos acontecimientos del pasado siglo, pueden explicarse a partir de dicho objetivo.

Nuestra exposición va a establecer una distinción entre tres partes. Trataremos de extraer en cada una de las partes los ejes conceptuales que estructuran las siguientes obras: *Metahistoria*<sup>5</sup> (1973), *El contenido de la forma*<sup>6</sup> (1987) y *The Practical Past*<sup>7</sup> (2014). Es cierto que esta taxonomía no deja de tener algo de artificial y quedará sometida a las limitaciones que de ello se derivan. Al fin y al cabo, White nunca ha dejado de publicar artículos de forma regular, lo que hace mucho más difícil establecer una línea de demarcación clara en su producción.

---

<sup>4</sup> CLARK, E. A., *History, Theory, Text: Historians and the Linguistic Turn*, Harvard University Press, Harvard, 2004, p. 103. La traducción de este párrafo, así como la del resto de textos en inglés, es mía.

<sup>5</sup> WHITE, H., *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, JHU Press, 1975. Citaremos la traducción WHITE, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, FCE, México, 1992

<sup>6</sup> WHITE, H., *The content of the form: Narrative Discourse and Historical Representation*, JHU Press, 2009. Citaremos la traducción en White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

<sup>7</sup> WHITE, H., *The Practical Past*, Northwestern University, 2014.

## 1. METAHISTORIA: UN ANÁLISIS ESTRUCTURALISTA DEL TEXTO HISTÓRICO

Resulta significativo que el texto más citado y explotado de la obra que White escribió en 1973 sea su introducción: «La poética de la historia». *Metahistoria* consiste en un estudio sistemático y comparado de la historiografía europea del siglo XIX. Ahora bien, fue la necesidad de justificar previamente sus principios metodológicos en un estudio introductorio lo que ha atraído más atención. En esas escasas cuarenta páginas White inauguró un nuevo enfoque en la filosofía de la historia.

Hayden White parte de un objetivo básico: analizar el texto histórico como lo que realmente es, atendiendo a su dimensión puramente textual. Es decir, tomándolo como un producto escrito acabado, como una totalidad en sí misma, como una entidad material, en lugar de como la expresión de un proceso de investigación epistémica. En los términos que plantea el propio White en el prefacio de su *Metahistoria*:

En esta teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. [...] Yo sostengo que tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie «histórica».<sup>8</sup>

Se trata de evitar abordarlo como el producto epifenoménico del estudio del pasado que realiza el historiador. Ya consista éste en la búsqueda de leyes generales que permitan dar cuenta de los eventos del pasado o en una reconstrucción del contexto de los agentes históricos para reproducir empáticamente sus procesos subjetivos. Con estas dos referencias tratamos de hacernos eco de en qué medida la aportación de White a la teoría de la historia interrumpe las bases que, a lo largo del siglo XX, habían dirigido el debate en torno a las condiciones del conocimiento histórico. Esta discusión clásica había hecho del campo histórico el foco de aplicación del enfrentamiento entre *explicación* y *comprensión*, como formas de saber. Se tradujo en el análisis en torno a si la historia debe adecuarse al modelo epistémico de las ciencias naturales o si puede arrogarse un estatuto de conocimiento específico.

Este análisis formal del texto histórico le conduce a centrarse meramente en su función poética<sup>9</sup>, en la medida en que su objetivo es identificar los elementos estructurales de los relatos históricos. Al fin y al cabo, el historiador no se encuentra con un pasado que deba reconstruir —por su condición ontológica el pasado no está, sólo se mantienen sus trazas como una *presencia ausente*— ni con un conjunto unívoco formado por sus restos. Al contrario,

<sup>8</sup> WHITE, H., *Metahistoria*, o. c., p. 9.

<sup>9</sup> White retoma la noción de la función poética del lenguaje histórico del marco teórico elaborado por Roman Jakobson en «Lingüística y poética» en JAKOBSON, R., *Ensayos de lingüística general*, Ariel, Barcelona, 1984, pp. 347-396.

se enfrenta ante la ambigüedad derivada de la necesidad de mediar entre los siguientes elementos: «*el campo histórico, el registro histórico sin pulir, otras narraciones históricas y un público*»<sup>10</sup>.

En este sentido, su enfoque le lleva a distinguir entre cinco niveles de conceptualización. Dos de ellos son definidos por White como *primitivos*, que remiten a la disposición de los datos históricos, y otros como *no-primitivos* y dependientes de decisiones del historiador. El nivel primitivo abarca la *crónica* y el *relato*<sup>11</sup>. La primera consiste simplemente en la organización de los hechos históricos en función meramente de su ordenación temporal. Se despliega bajo un estado de equivalencia valorativa en el que ningún dato histórico tiene un valor diferente en la estructura del propio texto. En la crónica todos los hechos tienen la misma substancia, por lo que puede evaluarse a partir de la aplicación del modelo de conjunción lógica. La aparición del relato implica, en cambio, que toda la organización de los hechos históricos adquiere una finalidad particular, en la medida en que algunos de ellos son representados como inicios, otros como medios y otros como desenlaces. Los datos ordenados cronológicamente son integrados en el interior de una jerarquía de valores y significados. Podemos describir el tránsito de la crónica al relato como el paso de lo diacrónico a lo sincrónico.

Es justamente esta transición la que permite dar cuenta de por qué ocurrieron los eventos y hace posible la *followability*<sup>12</sup>: que la historia narrada pueda ser seguida por el lector. Pero hay ciertas cuestiones que se le escapan. Nos referimos a su significado o sentido desde una perspectiva holística. Para dar cuenta del mismo debemos aludir a tres tipos de estrategias explicativas que constituyen la dimensión *manifiesta* del texto histórico: explicación por *trama*, por *argumentación* y por *implicación ideológica*. Cada una de ellas estará vinculada, respectivamente, con la presencia de aspectos estéticos, epistémicos y ético-políticos en los procesos de escritura de la historia. Son aquellas las que permiten transformar los elementos *primitivos* en una totalidad narrativa con significado.

Hayden White define la explicación a través de la *trama* como aquella que «da el “significado” de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que

<sup>10</sup> WHITE, H., *Metahistoria*, o. c., p. 16.

<sup>11</sup> Como llama la atención Keith Jenkins, el recurso al término *primitivo* no debe llevarnos a error. No se identifica con algo bruto o vinculado de forma directa y unívoca con el campo histórico o con el pasado en sí mismo. Tanto la redacción de una crónica como la de un relato implican, de forma necesaria, un proceso de selección y proyección de los datos del campo histórico, en función de las expectativas derivadas del posible encuentro con un público. JENKINS, K., *On What is History?*, Routledge, London and New York, 1995, p. 149.

<sup>12</sup> El recurso a la *followability*, es decir, a la capacidad de seguir una historia, como forma autosuficiente de comprensión, es propuesta por W. Gallie en GALLIE, W., «Understanding History», en: *History and Theory*, vol. 3, 1962. No obstante, el enfoque de Gallie le lleva a encuadrarse en un prisma psicologista que no satisface las condiciones del narrativismo. Para esta crítica ver ANKERSMIT, F., *Narrative logic. A semantic Analysis of the Historian's Language*, The Hague, Boston, London, Martinus Nijhoff Publishers, p. 17.

se ha narrado»<sup>13</sup>. Una vez que hemos definido el paso de la crónica al relato como la imposición de funciones en torno a motivos inaugurales, de transición y desenlace, debemos constatar que existe una variedad de tipologías a la hora de llevar a cabo este proceso. Cada uno de estos *modos de tramar* implicará una forma de explicación diferente. Ya está adelantando aquí White la defensa de una primacía de la retórica respecto a la epistemología. Tramar los eventos de una forma u otra no constituye un mero detalle estético o decorativo, sino que trae consigo un nuevo mecanismo a la hora de configurar de forma diferente el significado del propio relato histórico.

Si la explicación por *trama* alude a la tipología propia del relato, a su dimensión estética, la explicación por *argumentación formal* refiere a la parte de la labor del historiador que posee dimensiones cognitivas. Es decir, trata de dar cuenta de que «hay otro nivel en el cual puede tratar de explicar “el sentido de todo eso” a través de discursos sobre el pasado con pretensiones epistémicas. De ahí que defienda que “esa argumentación ofrece una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como presuntas leyes de explicación histórica”»<sup>14</sup>. Alude, por tanto, a los aspectos cognoscitivos de la imagen del pasado que trama el historiador, a la influencia de ciertos principios de combinación que adquieren la imagen de leyes universales. Un relato sobre los eventos del pasado poseerá una mayor imagen de cientificidad en función del grado de visibilidad formal que el propio historiador le aporte al tramarlo.

Finalmente, las estrategias de explicación por *implicación ideológica*<sup>15</sup> designan los aspectos ético-políticos subyacentes a los procesos de escritura de la historia. Ahora bien, aquí no alude Hayden White en ningún momento al posicionamiento político de aquel que escribe la historia, como algo orientado parcialmente de forma explícita. Al contrario, se está refiriendo más bien a las implicaciones ético-políticas derivadas de la aplicación de las dos estrategias explicativas previas. Es decir, a la relación que tienen aquellas formas de organización de los eventos con la necesidad de mantener o cambiar el *statu quo* social. En este sentido, es inherente a este tramado de los eventos la posibilidad de valorar el presente o el futuro como objeto de *cumplimiento* de un hecho del pasado que se historiza.

White refiere a la noción de *tono* o *actitud* del historiador ante los resultados derivados de la aplicación de las dos estrategias explicativas precedentes. Este *tono* se traduce en la derivación, en base a las proposiciones puramente descriptivas contenidas en el relato, de sentencias prescriptivas<sup>16</sup> en relación a la posibilidad del cambio histórico. Es decir, esconden un elemento normativo

<sup>13</sup> WHITE, H., *Metahistoria*, o. c., p. 18.

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 22.

<sup>15</sup> Como indica Wulf Kansteiner en KANSTEINER, W., «Hayden White's Critique of the Writing of History» en: *History and Theory*, Vol. 32, N. 3, 1993, pp. 273-295, Hayden White asume la definición de ideología propuesta por Louis Althusser.

<sup>16</sup> WHITE, H., *Metahistoria*, o. c., p. 36.

en torno a la necesidad de modificar el *statu quo*, derivado de las formas de presentación de los eventos históricos en el discurso.

No obstante, estos cinco niveles de conceptualización no agotan el campo de la labor del historiador. Al fin y al cabo, la exposición de una crónica, su articulación en un relato y la aplicación de las tres estrategias explicativas, presuponen la presencia de un campo histórico coherente y ordenado que posibilite su implementación. Ahora bien, el objeto con el que se encuentra el historiador no se adecúa a estas características. Al contrario, el *registro histórico sin pulir* se presenta como un caos heterogéneo de documentos, testimonios, intenciones... carentes de sentido para el historiador. Por ello, el análisis del proceso de transición de aquellos datos al espacio ordenado del texto histórico, lleva a White a postular un acto sintético, un «tomar juntos elementos heterogéneos»<sup>17</sup> que permite la configuración del campo histórico, al que se aplicarán posteriormente los cinco niveles de conceptualización. Ahora bien, lo peculiar de este acto de síntesis es que no tiene su base en elementos cognoscitivos, como un a priori kantiano, sino en la propia estructura lingüística de la que hace uso el historiador. Es decir, refiere a un acto de prefiguración poético basado en la capacidad imaginativa para transformar la *presencia ausente* caótica e informe del pretérito, en un campo histórico susceptible de convertirse en objeto de investigación. Es justamente esta naturaleza poética del acto prefigurativo la que permite a White defender que la historiografía no está regida por la lógica, sino por la retórica<sup>18</sup>. O lo que es lo mismo, que la construcción que lleva a cabo el historiador es más imaginativa o poética que racional o científica<sup>19</sup>.

Ahora bien, que este acto poético no sea en primera instancia cognitivo no implica que carezca de cualquier tipo de contenido epistémico. La poética de la historia de White no nos conduce a asumir que la historiografía sea un producto carente de patrones y límites, dependiente únicamente de la libre imaginación del historiador. Al fin y al cabo, como defiende Frank Ankersmit<sup>20</sup>, este acto poético posee un contenido epistémico en la medida en que hace posible el conocimiento histórico. Tiene la función de reducir la fricción semántica que

<sup>17</sup> Esta referencia a la acción de «tomar juntos» trae ciertas resonancias respecto al proceso de *síntesis de lo heterogéneo* que desempeñaba la narrativa en Paul Ricoeur.

<sup>18</sup> «¿Por qué utilicé la tropología, esta teoría de los tropos? Porque la escritura narrativa no está gobernada por la lógica. No hay narrativa que muestre la consistencia de una deducción lógica» en DOMANSKA, E.; KELLNER, H.; WHITE, H., «Interview: Hayden White: The Image of Self-Representation» en: *Diacritics*, o. c., pp. 91-100, p. 95. Al fin y al cabo, la escritura narrativa de la que hace uso el historiador no está gobernada por la lógica en la medida en que la narración no se puede reducir a la mera adición de proposiciones simples.

<sup>19</sup> De ahí la reivindicación realizada por Hayden White en una entrevista de hace unos años, acerca de la necesidad de formar en la academia historiadores que sean creativos. Al fin y al cabo, esta condición contrasta con el rigor y la atención a los hechos que habitualmente se les suele exigir. Ver WOLSKI, P.; DELCAN, M.; WHITE, H., «A la historia por la palabra» en: *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n° 37, 2012, pp. 75-83, p. 77.

<sup>20</sup> ANKERSMIT, F., «Hayden White's Appeal to the Historians» en: *History and Theory*, vol 37, 2, 1998, pp. 44-77.

se produce entre la realidad y el texto histórico. De ahí el carácter necesariamente alegórico o figurativo del mismo, en la medida en que debe representar una cosa como si fuera otra. Opera, por tanto, de forma necesariamente metafórica. Es justamente la metáfora la que constituye el primero de los tropos descritos por White para dar cuenta de los mecanismos a través de los cuales se modula la aplicación del acto poético prefigurativo en el campo histórico.

Para analizar la naturaleza de este acto White debe llevar a cabo un estudio del lenguaje poético, insertado dentro de los límites culturales de nuestras prácticas lingüísticas. Así, recurrirá a una teoría de los tropos como formas poéticas concretas que prefiguran de diferente forma el campo histórico y predeterminan las diferentes estrategias explicativas. White distingue entre los siguientes tropos: la *Metáfora*<sup>21</sup>, que opera estableciendo una relación entre fenómenos históricos a partir de sus semejanzas y diferencias, la *Metonimia* que distingue entre totalidades y partes en términos reduccionistas-extrínsecos, la *Sinéqdoque* que lo hace en términos integrativo-intrínsecos y la *Ironía*, que funciona mediante relaciones de oposición o negación. Pese a que estos cuatro tropos aparecen presentados en un mismo nivel, debemos señalar que uno de ellos posee una característica específica. La ironía, por definición, opera a través de la negación consciente del significado literal de aquello que representa. Es decir, su puesta en práctica requiere de la toma de conciencia y explicitación de la propia función prefigurativa. Al fin y al cabo, aplica propiedades figurativas a un objeto a través de la aserción de características literales que, de forma evidente, no posee. No se puede utilizar la ironía siendo ingenuo respecto a su carácter figurativo; condición que si se puede atribuir al resto de tropos. Su rasgo distintivo es establecer la base de una crítica a la capacidad del lenguaje figurativo para dar cuenta de la propia realidad histórica. Es un tropo autorreflexivo y metahistórico. Por ello se adecúa al objetivo de la obra de White. La actitud irónica nos permite tomar conciencia de las implicaciones, tanto en el ámbito estético, epistémico como ético-político, de la función de los tropos como condición del conocimiento histórico. Así refleja White esta peculiaridad de la ironía:

Inmediatamente puede verse que la ironía es en cierto sentido metatropológica, porque se despliega en la conciencia autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo. [...] Así, la ironía representa un estado de conciencia en que se ha llegado a reconocer la naturaleza problemática del lenguaje mismo.<sup>22</sup>

Hasta aquí hemos desarrollado las ideas básicas que vertebran la propuesta metodológica defendida al inicio de *Metahistoria*. Ahora será necesario profun-

<sup>21</sup> Es necesario tener en cuenta que, pese a ocupar un único lugar en esta clasificación, la capacidad de la metáfora para representar algo como otra cosa y su rol necesario en el proceso figurativo, conducen a White a reconocer que existe un elemento metafórico —figurativo— en el resto de tropos y, por lo tanto, en todo proceso de representación histórica.

<sup>22</sup> WHITE, H., *Metahistoria*, o. c., p. 46.

dizar en la concepción del lenguaje que subyace a estas tesis. Sin aquella sería imposible defender la presencia de esta infraestructura poética subyacente al relato histórico. En este sentido, las últimas revisiones que ha realizado Hayden White respecto a su teoría inicial, desarrolladas tanto en respuestas a críticas recibidas<sup>23</sup>, como en diferentes entrevistas, constatan una idea que sirve de premisa nuestra interpretación: La elaboración de *Metahistoria* sólo se debe entender en el contexto del estructuralismo, como respuesta y proyección de tesis estructuralista que, consecuentemente, adolecerá de las limitaciones del propio estructuralismo. Comencemos especificando cómo el propio White refleja esta herencia:

Si [*Metahistoria*] goza de alguna originalidad es porque considera a la historiografía más como forma de escritura que como reporte de una investigación realizada. Lo que a mí me permitió hacer el estructuralismo fue tratar a la escritura histórica como discurso, a la investigación histórica, a la cultura histórica, a la cultura o a la conciencia histórica más como un tipo de discurso que como un tipo de ciencia. [...] El estructuralismo me ofreció la manera más útil y práctica de analizar el texto de los historiadores.<sup>24</sup>

El principio básico que nos permitía entender el proyecto de *Metahistoria* consistía en el esfuerzo por estudiar la historia como un texto. La defensa de esta idea remite a una tesis que White va a abrazar de forma explícita: que el lenguaje no se reduce meramente a su carácter descriptivo respecto a un objeto al que refiere. Esta premisa depende de otra serie de ideas respecto a cómo opera el lenguaje; tesis que sólo tienen sentido en el contexto del estructuralismo francés. Vamos a aludir a dos ideas fundamentales de esta corriente que nos permiten señalar los aspectos en los que esta herencia subyace y motiva la producción filosófica de White.

Uno de los principios básicos del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure era la definición del signo lingüístico a partir del vínculo existente entre significante —imagen acústica— y significado —concepto. Esta relación deja de lado la presencia del referente. Además, este vínculo se define como esencialmente arbitrario<sup>25</sup>. No en el sentido de dependiente de decisiones puramente subjetivas de los hablantes —que certificaría la imposibilidad de la comunicación—, sino de inmotivado. La defensa de la arbitrariedad de la conexión entre *significante* y *significado* en el signo lingüístico tiene su traducción en el propio ámbito de la historiografía. Veamos cómo el propio White da cuenta de esta influencia en una nota a pie de página perteneciente a su ensayo «Tropology, Discourse, and the Modes of Human Consciousness»:

<sup>23</sup> WHITE, H., «Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier», en: *Historia y Grafía*, n. 4, 1995, pp. 317-329.

<sup>24</sup> MENDIOLA, A.; WHITE, H., «La lógica figurativa en el discurso histórico moderno» en *Historia y Grafía*, n. 12, 1999, pp. 219-246, p. 220.

<sup>25</sup> SAUSSURE, F. de, *Curso de lingüística general*, Akal, Madrid, 2014, p. 104.

La disparidad entre *habla*, *lexis* o modo de afirmación, por un lado, y significado, por el otro, es, por supuesto, un elemento fundamental de las teorías estructuralistas y post-estructuralistas modernas, surgiendo de la noción de la arbitrariedad de la unión de significante y significado en el signo, tal y como la postuló Saussure.<sup>26</sup>

Ahora bien, ¿de dónde deriva la no coincidencia entre habla y significado en los procesos de escritura de la historia? La discordancia entre aquello que se quiere decir y aquello que se dice, entre habla y significado, no deja de problematizar el alcance y la descripción de una referencia. Ahora bien —nos guiamos aquí por la interpretación de María Inés LaGreca<sup>27</sup>— esta dificultad deriva de las implicaciones que tiene en este proceso el elemento mediador entre el *speech* y el *meaning*, es decir, el propio discurso histórico como sistema de codificación.

Para abordar cómo el historiador se encuentra limitado por esta función codificadora del discurso tenemos que aludir a la teoría de las funciones lingüísticas de Roman Jakobson, muy influyente en la obra de White. El ensayo «Lingüística y poética» de Jakobson se presenta como una reivindicación de la complejidad del lenguaje que inhabilita su reducción a mero utensilio para la comunicación en torno a hechos del mundo. Esta complejidad deriva de la existencia de una pluralidad de factores que intervienen en todo acto comunicativo. La referencialidad ni es la única función que satisface el texto histórico, al describir un pasado existente de forma previa, ni es la principal, dado el carácter estructural de la tropología<sup>28</sup>. Jakobson describe seis factores en el proceso de comunicación: el emisor, el mensaje mismo, el destinatario, el contexto de referencia, un código de reglas lingüísticas compartido por emisor y destinatario y el contacto. Así, conforme el acto comunicativo se focalice en uno de estos factores el lenguaje tendrá una función completamente diferente. De ahí que distinga, respectivamente, entre seis funciones: expresiva, poética, conativa, referencial, metalingüística y fática. Ahora bien, defiende en este mismo ensayo:

<sup>26</sup> WHITE, H., «Topology, Discourse, and the Modes of Human Consciousness» en: *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985, p. 23.

<sup>27</sup> LA GRECA, M. I., «La concepción del lenguaje detrás de la teoría histórica de Hayden White: Utilidad y problemas de su herencia “estructuralista”» en: *Cuadernos de Filosofía*, n. 54, 2010, pp. 107-137.

<sup>28</sup> Así refleja Robert F. Berkhofer su proyección en la historiografía: «En este sentido la referencialidad es sólo un modo de representación para codificar la comunicación del historiador entre varias aproximaciones convencionales posibles, a la hora de llamar la atención del lector. Si el historiador asumiera, con Roman Jakobson y Roland Barthes, que la referencialidad es sólo un medio más de representación, a la hora de sintetizar en la estructura del texto, las revisiones y libros históricos adoptarían una forma diferente a la que mantienen ahora» en BERKHOFFER, F. Jr., *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, Harvard University Press, Cambridge, London, 1997, p. 69.

La estructura verbal de un mensaje depende, primariamente, de la función predominante. Pero incluso si una ordenación hacia el referente, una orientación hacia el CONTEXTO —en una palabra, la llamada función REFERENCIAL, «denotativa», «cognoscitiva»— es el hilo conductor de varios mensajes, el lingüista atento no puede menos que tomar en cuenta la integración accesoria de las demás funciones.<sup>29</sup>

Es decir, la propia función referencial estaría mediada por operaciones derivadas del resto de funciones realizadas en el acto comunicativo que éste no puede excluir. Ahora bien, ¿el resto de funciones intervienen en el mismo grado? La caracterización que lleva a cabo Jakobson de uno de los factores del lenguaje cuestiona la atribución de un estatuto de semejanza. Al fin y al cabo, el código es definido como un *codificador* y *decodificador*<sup>30</sup> del propio lenguaje, como un conjunto de reglas necesariamente compartido por los hablantes que hace posible el intercambio de mensajes. Es decir, no es sólo un factor más del acto comunicativo, sino su propia condición de posibilidad. No es un mero instrumento al servicio del hablante como tampoco lo es para aquel que escribe una obra histórica. El sistema de reglas desde el cual escribe un historiador predetermina la totalidad de los mensajes que pueden ser dichos. De forma que el producto de su lenguaje —o su relato histórico— se definirá en relación a la función que desempeña dentro de esa totalidad de posibilidades pre-establecidas por el código. La intromisión de su función mediadora en la escritura de la historia permite explicar la distinción entre *speech* y *meaning* de la que tratamos de dar cuenta inicialmente.

Una vez que hemos elaborado las ideas principales de *Metahistoria* como sus presupuestos lingüísticos, tenemos que revelar qué panorama nos ofrece en atención al ya citado problema al que aludimos: la determinación de las relaciones entre el ámbito tropológico y el ideológico o político. En este sentido el esquema analítico que nos presenta White es claro. La retórica está vinculada a un acto de tipo poético que prefigura el campo histórico y que es condición para la aplicación de varias estrategias explicativas, entre ellas, la de *implicación ideológica*. White plantea una defensa tácita de la prioridad de lo tropológico respecto a lo ideológico. Para tratar este problema es necesario analizar detalladamente la siguiente idea planteada por Keith Jenkins:

White mantenía que los historiadores *inicialmente* aplican los tropos al campo histórico y que, por tanto, los tropos *prefiguran* y *preceden* los modos de argumentación, trama e ideología; los tropos vienen *primero*. Pero, en esta presentación White [...] discute los tropos al *final*, por lo tanto, daba la impresión de que los tropos son algo «extra» y que por tanto deben «llegar al final» no sólo en términos de representación sino de importancia analítica también. El punto a añadir es que White puede también estar equivocado al, pese a dar la impresión de que los tropos son una manifestación de nuestras actitudes (o posiciones ideológicas), mantener que los tropos aparecen antes

<sup>29</sup> JAKOBSON, R., *Ensayos de lingüística general*, Ariel, Barcelona, p. 353.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 352.

que la ideología, mientras [...] que en mi lectura sostengo que es precisamente el modo ideológico el que *predetermina* qué tropo será utilizado.<sup>31</sup>

Keith Jenkins diagnostica la prioridad en White de la dimensión tropológica respecto a la ideológica y critica dicho modelo defendiendo su inversión. Ahora bien, considero que, si bien es cierto que este esquema se aplica a *Metahistoria*, resulta erróneo extenderlo a la totalidad de la obra de White. En las décadas posteriores nos encontramos con otros textos a los que subyacen enfoques diferentes respecto a la relación entre la dimensión retórica y la ideológica en el texto histórico. Consecuentemente, la crítica que formula Jenkins a White resulta injusta. Especialmente si tenemos en cuenta que el texto citado apareció en 1995, es decir, siete años después de que White publicara su obra *El contenido de la forma*. En aquella, su focalización en el potencial de la narrativa y en las *políticas de la interpretación* reconfiguraba la estructuración de las dimensiones que son objeto de nuestro trabajo.

## 2. EL CONTENIDO DE LA FORMA: NARRATIVA Y PRODUCCIÓN DE SIGNIFICADOS

A partir de los años ochenta, defenderemos, Hayden White va a realizar progresivamente un giro en su teoría de la historia consistente en el énfasis en torno a la intromisión de la ideología en los procesos de escritura de la historia. En 1980 publica «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», en 1982 «The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation» y en 1984 «The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory». Estos y otros ensayos serán recopilados en su obra *El contenido de la forma*. Los parecidos y aires de familia entre los artículos que la componen permiten determinar en qué medida el planteamiento de nuevos objetivos y la adopción de nuevas influencias nos obliga a reformular las relaciones entre lo retórico y lo ideológico.

El hilo conceptual de esta obra es la noción de narrativa. En *Metahistoria*, más allá de la breve alusión al relato como elemento *primitivo* del texto histórico, no encontramos un análisis concreto de este concepto. En *El contenido de la forma*, al contrario, la función de la narrativa se convierte en el elemento que nos puede permitir entender los presupuestos y efectos de la historiografía.

No obstante, debemos matizar que la idiosincrasia de esta categoría no difiere de la propia de los tropos y del acto poético-prefigurativo del campo histórico. Tanto los tropos como el acto imaginativo de «tomar juntos elementos heterogéneos» del historiador, tiene una carga metafórica. Esta característica permite su potencialidad para representar algo como si fuera otra cosa y para reducir la ya citada *ficción semántica* entre el pasado y su representación. De la misma manera, Hayden White describe en *El texto histórico como artefacto*

<sup>31</sup> JENKINS, K., *On What is History?*, o. c., p. 174.

*literario* a la narrativa como una metáfora extendida, pues opera a través del establecimiento del mismo acto prefigurativo. Así lo plantea:

[...] deberíamos considerarla como alegórica, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra. Así concebida, la narrativa configura el cuerpo de acontecimientos que constituyen su referente primario y transforma estos acontecimientos en sugerencias de pautas de significado que nunca podrían ser producidas por una representación literal de aquéllos en cuanto hechos.<sup>32</sup>

El hilo expositivo del que hace uso White parte del contraste entre la narrativa y otros mecanismos de representación: las crónicas y los anales. Existen dos elementos básicos que nos permiten distinguirlos: la posibilidad de evaluar los textos históricos crónicos en base al modelo de conjunción lógica y su carencia de *desenlace*. El elemento característico de la narrativa es la presencia de un final a partir del cual reconocemos de forma retrospectiva la presencia de una estructura teleológica inmanente a los propios eventos. Cada nueva etapa en una narrativa no es continuada por la siguiente como una mera consecución. Al contrario, se presenta como un *cumplimiento* que da sentido a lo anteriormente relatado, aunque esa *relación figurativa* sólo puede ser reconocida una vez que el evento ha ocurrido.

La narrativa introduce, por tanto, una temporalidad nueva en los hechos, no reductible a la cronológica. Atribuye una pluralidad de valores y significados a cada uno de los eventos, en función del lugar que ocupan en el interior de una totalidad *imaginativa* proyectada por el historiador. Ahora bien, la cuestión que trata de dilucidar White en esta serie de ensayos consiste en determinar cuál es la causa o el origen de este impulso a construir narrativas y hacer uso de ellas para tramar los eventos históricos. «¿Qué anhelo se expresa, qué deseo se gratifica por la fantasía de que los acontecimientos reales se representen de forma adecuada cuando se representan con la coherencia formal de una narración?»<sup>33</sup>. Esta pregunta nos remite, consecuentemente, a una dimensión que cumple el rol de antecedente causal respecto al propio proceso figurativo. Se trataría, por lo tanto, de un ámbito previo y, en parte, condición de posibilidad, respecto al propio acto retórico que reconfigura los significados de los eventos históricos. Aquí encontramos la clave para cuestionar la subordinación del ámbito ético-político respecto al retórico.

La narrativa opera estableciendo una articulación de conexiones teleológicas a través de la *imposición*<sup>34</sup> de una *trama* a los propios eventos. La *trama* establece un principio para evaluar tanto la relevancia como el significado de cada uno de los eventos; establecen los denominados *marcadores diacríticos*.

<sup>32</sup> WHITE, H., *El contenido de la forma*, o. c., p. 63.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>34</sup> El sustrato de la relación existente entre la trama y los eventos históricos en Hayden White no está exento de discusión. Aquí vamos a retomar la interpretación del *tramado* en base a la noción de *imposicionalismo* propuesto por Veronica Tozzi en su introducción a WHITE, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

Este sentido y significado sólo se puede reconocer retrospectivamente, sólo es posible dotar a un evento de un valor determinado a partir de otros que funcionan como su *cumplimiento*. Ahora bien, ¿en base a qué criterios se determinan estas redes de significados? ¿Cuál es el eje rector? Para White toda narrativa requiere de un tema axial, de un hilo conductor a partir del cual se genera una distribución de significados a los eventos tramados, un centro que establezca el *desenlace* hacia el que tiende todo el relato. Por tanto, la narrativa requiere de la presencia de un sujeto que sirve de foco catalizador de la misma; una subjetividad que es representada como origen de significado ético y moral, ligada siempre a un contexto social concreto. Así lo plantea White:

Lo que falta en la lista de acontecimientos para darle una similar regularidad y plenitud es una noción de centro social por la cual ubicarnos unos respecto de otros y dotarles de significación ética o moral. Es la ausencia de una conciencia de centro social la que impide al analista clasificar los acontecimientos que trata como elementos de un campo de hechos históricos. [...] Todo ello me sugiere que Hegel tenía razón cuando afirmó que un relato verdaderamente histórico tenía que exhibir no sólo una cierta forma, a saber, la narrativa, sino también un cierto contenido, a saber, un orden político-social.<sup>35</sup>

Podemos constatar la presencia de un vínculo entre la narrativa, el tema central de la misma y la autoridad social, inscrita en el contexto cultural en el que se inserta la narración<sup>36</sup>. Este giro argumentativo permite redefinir los criterios que sirven de anclaje a los relatos históricos. No serán interpretados en función de su correspondencia con un pasado pre-tramado, ni por su coherencia lógica o formal, sino en base a un propósito moral que atraviesa todo el encabalgamiento de los eventos narrados. La narrativa requiere de un cierre que, dado que no se puede encontrar en los eventos mismos, debe derivar de un sistema moral. El anhelo de narrativizar es una consecuencia de la necesidad de tramar los eventos atribuyéndoles el sentido de un propósito moral.

Ahora bien, este impulso a moralizar la realidad no tiene sentido al margen de los efectos derivados de la inconsciencia respecto al propio proceso moralizador. Es decir, la narrativa establece una producción de significados que es naturalizada, por lo que —dada la disolución de la frontera entre *historia rerum gestarum* e *historia res gestae*— la propia realidad es identificada con el sistema social. Así es como se articulan las relaciones entre retórica e ideología en este contexto. Todo proceso de narración implica un proceso de moralización y, a su vez, dramatización de los eventos. La *figuración* de los hechos es acompañada por la creencia en su carácter referencial, o lo que es lo mismo, en

<sup>35</sup> WHITE, H., en *El contenido de la forma*, o. c., p. 27.

<sup>36</sup> Así plantea White la conexión entre el principio de determinación de significados y el tema: «la capacidad de concebir un conjunto de acontecimientos como pertenecientes al mismo orden de significación exige algún principio metafísico por el que traducir la diferencia en semejanza» WHITE, H., en *El contenido de la forma*, o. c., p. 30.

que las tramas no son impuestas por los historiadores, sino que se encuentran en el propio pasado. Genera la ilusión de que la narrativa es transparente y que quien habla a través del texto es la propia realidad.

Abordaremos este problema haciendo referencia a otra de las influencias presentes en la elaboración de sus tesis: Roland Barthes. Este autor nos permitirá acercarnos a la dimensión performativa que afecta a la interpretación de la herencia estructuralista de White. El tratamiento del filósofo francés por parte de White a lo largo de su trayectoria va a ser bastante ambivalente. Mientras en *Metahistoria* aparece apenas citado en detrimento de otros estructuralistas y en «The absurdist Moment in Contemporary Literary Theory»<sup>37</sup> es criticado por llevar a cabo un análisis textual superficial del texto histórico, ahora es presentado como una figura clave. En este sentido, defenderé, la adopción de las influencias de Barthes por parte de White resultan sintomáticas respecto a los nuevos rumbos que adquiere su teoría; cada vez más centrada en el potencial ideológico o moralizante de los textos históricos<sup>38</sup>.

Las ideas de Barthes que va a retomar Hayden White aparecen sintetizadas en sus cortos ensayos «El discurso de la historia» y «El efecto de lo real»<sup>39</sup>. En estos escritos el filósofo francés trata de aplicar su modelo estructural de análisis de los relatos al ámbito de la narrativa histórica. Su tesis básica, que entronca con la obra de White, consistirá en reivindicar que el texto histórico *performa* un efecto epistémico consistente en construir la ilusión de que su referente existe más allá del acto de significación derivado del propio texto. Esta consecuencia deriva de ciertos detalles presentes en la novela histórica —citas, notaciones...— que contribuyen a generar la creencia en el carácter externo de su referente y en su total alteridad respecto al propio texto histórico. La atribución de esta condición a la narrativa histórica es errónea. No hay nada en los propios hechos que incite a tramarla al modo de la narrativa. Principalmente porque la noción de hechos brutos, al margen de los recursos textuales para dar cuenta de los mismos, es tautológica<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> WHITE, H., «The Absurdist Moment in Contemporary Literary Theory» en: *Contemporary Literature* 7, n 3, 1976.

<sup>38</sup> Considero que la siguiente idea de la introducción al *Análisis estructural del relato* de Barthes nos permite sacar a la luz aquellos los motivos por los cuales su modelo lingüístico atrae al Hayden White que se focaliza en el estudio de la idiosincrasia y los efectos de la narrativa: «se propone hacer pasar el relato del orden de la constatación (que ocupaba hasta hoy) al orden performativo, según el cual el sentido de una palabra es el acto mismo que la profiere: hoy, escribir no es “contar” es *decir* que se cuenta, y remitir todo el referente (“lo que se dice”) a este acto de locución» BARTHES, R., *Análisis estructural del relato*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1979.

<sup>39</sup> BARTHES, R., *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, 2003. Roland Barthes nunca se ha dedicado específicamente a la filosofía de la historia. Al contrario, su obra se ha focalizado fundamentalmente en la teoría de la literatura. No obstante, el desdibujamiento creciente de la frontera entre el relato histórico y el de ficción aportan a sus reflexiones una mayor relevancia en este campo.

<sup>40</sup> BARTHES, R., «El discurso de la historia» en: *El susurro del lenguaje*, o. c., p. 174.

La adopción de las tesis barthesianas por parte de White va a permitirle desarrollar las implicaciones performativas de los modelos lingüísticos de los que hace uso. Este énfasis en la capacidad del lenguaje para llevar a cabo la producción de significados —posteriormente confundidos con los referentes— da cuenta de las implicaciones derivadas de las teorías lingüísticas subyacentes. El propio White refleja este fenómeno teórico: «En los últimos veinte años ha habido un cambio de interés, del enunciado al acto de enunciación, el cual plantea preguntas relacionadas con el contexto de producción de un acto de habla dado: el efecto del contexto de la acción y la relación entre el enunciador, el que habla, y el auditor o lector del texto»<sup>41</sup>.

Este efecto de realidad, esta ilusión de referencialidad, está detrás de la naturalización de la narrativa, es decir, de la creencia en que el propio pasado contiene la forma que le atribuyen nuestras propias tramas. Sólo así podremos asegurar la efectividad del proceso de dramatización de los hechos. Ahora bien, tanto la revelación de la presencia de un impulso moralizador tras el proceso narrativo, como su naturalización, nos plantean problemas cuando nos referimos a eventos históricos acaecidos en el pasado siglo. Hasta ahora no nos hemos tenido que enfrentar a cuestiones de este tipo dado el objeto historiográfico que White ha tomado como referencia. Al fin y al cabo, *Metahistoria* versaba sobre la historiografía del siglo XIX mientras que *El contenido de la forma* planteaba sus análisis tomando como referencia obras históricas que en su mayor parte eran de la época medieval<sup>42</sup>. Ahora bien, la disciplina historiográfica del pasado siglo ha tenido que enfrentarse a la necesidad de tramar fenómenos históricos, cuyas condiciones excepcionales y escasa distancia con el presente desde el que se escribe la historia, han cuestionado la posibilidad de aplicarles ese proceso de «moralización» que, desde la óptica de Hayden White, parece acompañar a toda narrativa histórica. En el siguiente apartado comentaré tanto varios artículos de White en los que ha tratado estas cuestiones, como su última obra, en el que culmina este análisis. En esta obra, defenderé, termina de dar sentido a sus tesis y de configurar el giro performativo tanto de su teoría de la historia como de su trasfondo lingüístico.

### 3. EL PASADO PRÁCTICO Y LA TEORÍA DE LOS ACTOS DE HABLA

En 1992, el historiador Saul Friedländer organizaba un congreso<sup>43</sup> que giraba en torno a los desafíos que el Holocausto implicaba para los procesos de representación histórica. El problema teórico que se plantea en dicha obra

<sup>41</sup> MENDIOLA, A.; WHITE, H., «La lógica figurativa en el discurso histórico moderno» en: *Historia y Grafía*, o. c., p. 223.

<sup>42</sup> WHITE, H., *El contenido de la forma*, o. c., p. 38.

<sup>43</sup> FRIEDLÄNDER, S. (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the «Final Solution»*, Harvard University Press, Cambridge, London, 1992.

consistía en la asunción de que resulta imposible y/o inmorale construir una narrativa, con su desenlace o cierre, que dé sentido a tal evento. La ligazón entre el proceso de narración y moralización —que tiene su máxima expresión en la anterior teoría de White— pone en cuestión el recurso al relato histórico para tramitar este evento. Hayden White participó en esta conferencia con un texto titulado «Historical Emplotment and the Problem of Truth»<sup>44</sup>, en el que intenta responder a algunas críticas y exponer cómo dar cuenta de este problema desde su marco teórico. Tanto en este artículo como en «The Modernist Event»<sup>45</sup>, argumenta que el problema del Holocausto no puede plantearse en términos miméticos y realistas tradicionales. Al contrario, deriva del hecho de que el evento desafía los tradicionales métodos de representación. En este sentido, no es el único; este es un rasgo que comparte con otros fenómenos a los que, por su semejanza con aquel, va a denominar «acontecimientos holocásticos». Nos situamos, por tanto, en el análisis sobre los esfuerzos del narrativismo de White a la hora de desenvolverse en el ámbito de la *historia del presente*, de la inmersión en una trama de acontecimientos cuyas consecuencias siguen afectando a los contextos desde los que se escribe su historia.

La respuesta que ofrece para enfrentarse al problema de la historización de estos fenómenos radica en hacer uso de las técnicas representacionales propias del modernismo antinarrativo. Ahora bien, pese a que en estos dos artículos Hayden White elabora su caracterización en torno a cómo debe modelarse este tipo de escritura, considero que no encontramos en su obra los recursos teóricos suficientes para dar cuenta de este giro, hasta *The Practical Past*. En las siguientes líneas defenderé en qué medida la noción de *pasado práctico* que pone en juego nos permite entender muchos de los supuestos subyacentes a la adaptación de este modelo representacional.

La noción de *pasado práctico* es retomada por White de un ensayo de Oakeshot<sup>46</sup>. El rasgo específico de este pretérito reside en el lugar de su soporte. Es decir, mientras el pasado histórico es aquel que se encuentra en los libros de historia, producto de un proceso de ordenamiento y elaboración a partir de restos del pretérito, el pasado práctico alude a todo el que está presente en nuestra vida cotidiana y nos permite formular nuestras ideas y construir estrategias para facilitar la resolución de problemas. El pasado práctico es el vigente en nuestro «día a día». En este sentido, White propondrá en su obra una lectura de la historiografía de los dos siglos en la que ésta adquiere su grado de profesionalización a través del marginamiento del pasado práctico, por ser incapaz de ofrecer asideros para una reconstrucción objetiva del pretérito. Así, el pasado histórico se convierte en el único objeto de este tipo de discursos. Esta tendencia a la profesionalización de la escritura de la historia, desde el punto de vista de White, está a la base de la incapacidad de la filoso-

<sup>44</sup> WHITE, H., «Historical Emplotment and the Problem of Truth» en: FRIEDLÄNDER, S.(ed). *Probing the Limits of Representation*, o. c., pp. 37-53.

<sup>45</sup> WHITE, H., *Figural Realism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1999.

<sup>46</sup> OAKESHOTT, M., *On History*, Indianapolis, Liberty Fund, 1999.

fía de la historia para dar cuenta de muchos de los desafíos que a este campo ha ofrecido la segunda mitad del siglo XX. Considero que esta definición del pasado práctico, aunque sea especialmente vaga, nos permite entroncar estas tesis con la proyección de una metahistoria irónica, tal y como la había planteado en su principal obra. Esta noción, al fin y al cabo, remite a la presencia del pasado en el presente, por lo que una filosofía de la historia que dé cuenta de cómo se construye el pasado tiene que tomar como base una categoría de este tipo. Esta motivación debe atravesar todos los niveles de la propuesta de White. De ahí la necesidad de articular una teoría del lenguaje histórico que permita tomar conciencia tanto de las influencia subyacentes a los procesos de escritura de la historia como del valor de este propio discurso en tanto vector del cambio histórico.

Es en relación a la justificación del pasado práctico donde localizamos la defensa más explícita de la necesidad de adoptar un modelo de lenguaje performativo, como es la teoría de los actos de habla de autores como Searle o Austin, para la historiografía. Las reflexiones de White que nos dan pie a esta interpretación las desarrolla en el capítulo «Truth and Circumstance»<sup>47</sup>. White se plantea el motivo por el cual el enunciado «¿Es verdad p?» se considera perfectamente legítimo en cualquier contexto, excepto en el caso de que p refiera al Holocausto. Es decir, designa la aparente incompatibilidad entre la autoridad moral que rodea al evento y la exigencia de veracidad defendida por el historiador. Ahora bien, la diferencia a resaltar no reside en la distinción entre «el enunciado “¿es verdad p?” y “el enunciado ¿es verdad el Holocausto?”», sino entre «el acto de enunciación “¿es verdad p?”» y el «acto de enunciación “¿es verdad el Holocausto?”».

Dado el contexto particular de enunciación, el significado de la pregunta «¿es verdad el Holocausto?» no es en primera instancia declarativo, es decir, no se puede evaluar en términos de verdad o falsedad. Depende, en cambio, de los modos de expresión y del contexto de este tipo de enunciados. De la misma manera que ante una orden no tiene sentido responder en términos veritativos, tampoco tiene sentido hacerlo ante una proposición de estas características. Por tanto, sus criterios de evaluación no se reducirán a la dicotomía «verdad/falsedad» sino que introducirán toda una variedad de «condiciones de *felicidad*» relativas a su propio contexto. De ahí la necesidad de recurrir a la teoría de los actos de habla de Austin<sup>48</sup> y a sus distinciones. Desde aquellas, defiende White, podremos dar cuenta tanto de los presupuestos como de las consecuencias derivadas de los procesos de escritura de la historia. Si entendemos todo acto de habla perteneciente al discurso histórico como perlocutivo, es decir, como aquellos a través de cuya *enunciación* realizamos algo, podemos tomar consciencia de los motivos por los cuales existe una

<sup>47</sup> WHITE, H., «Truth and Circumstance: What (if Anything) Can Properly Be Said about the Holocaust?» en: *The Practical Past*, o. c., pp. 25-40.

<sup>48</sup> AUSTIN, J. L. *How to do things with words*, Harvard University Press, Cambridge, 1975.

diferencia —relativas a los modos de expresión— entre «¿es cierto p?» y «¿es cierto el Holocausto?». O lo que es lo mismo, podemos entender la propia historiografía como *praxis*, es decir, como algo que, a la vez, es sobre el mundo y forma parte del mismo, pues al tratar sobre él contribuye a modificarlo. Esta caracterización práctica de la historiografía no entra en contradicción con la descripción poética que White lleva a cabo respecto a la misma. Al contrario, se implementa en el desempeño de esta función. Así explicita White esta herencia, revelando en qué medida su adopción de la teoría de los actos de habla no excluye el mantenimiento de las taxonomías lingüísticas heredadas del estructuralismo de Jakobson:

Sugeriría que la teoría de los actos de habla de J. L. Austin es o puede ser considerada legítimamente como una teoría de la función poética del lenguaje (como diferente a sus funciones referenciales, expresivas, conativas, fáticas y metalingüísticas) ¿Para qué más sirve la aserción poética que para hacer algo en un particular modo, manera o estilo?<sup>49</sup>

Por lo tanto, este giro hacia el estudio performativo de los actos de enunciación, no debe ver en ningún momento como un rechazo pleno a su anterior herencia estructuralista sino, al contrario, como un complemento o radicalización de algunas de las características de aquella. Si lo performativo antes se limitaba a alguna de las funciones del lenguaje, ahora abarca y redefine todas las propiedades del discurso histórico. Al fin y al cabo existen ciertas *afinidades electivas* entre la crítica al análisis del lenguaje exclusivamente en términos referenciales en Jakobson, donde la función conativa, expresiva o fática tenían un carácter estrictamente performativo y los pilares de la teoría de los actos de habla de Austin<sup>50</sup>. Esta radicalización es, precisamente, lo que permite justificar la prioridad de la ideología sobre la retórica en este contexto.

Una vez que hemos explicitado las consecuencias de su recurso a la teoría de los actos de habla respecto del lenguaje histórico, debemos ver cómo se enfrenta el propio White a estos desafíos teóricos derivados de los «acontecimientos holocáusticos», desde este prisma conceptual. Vamos a partir de una interpretación de Kansteiner que nos servirá tanto de marco como de objeto de crítica para desarrollar nuestra particular lectura de estas últimas ideas de White. Kansteiner defiende lo siguiente:

<sup>49</sup> WHITE, H., *The Practical Past*, o. c., p. 34.

<sup>50</sup> En este sentido, nos inspiramos en la interpretación que realiza Inés La Greca: «así como White, siguiendo a Jakobson, criticaba la focalización de la función referencial como única función relevante del lenguaje, Austin critica la reducción de la riqueza de los usos del lenguaje a su función descriptiva. Ambos señalan aspectos no referenciales o no descriptivos que hacen a nuestro uso del lenguaje y ambos encontrarán inconducente pretender una distinción clara y distinta entre esos aspectos o dimensiones del acto de habla». LA GRECA, M. I., *Historia, figuración y performatividad: Crítica y persistencia de la narración en la Nueva Filosofía de la Historia*, Tesis Doctoral, Buenos Aires, 2009, p 253.

Consecuentemente, White ha defendido una aproximación estructuralista que enfatizaba la primacía de la significación secundaria de la escritura de la historia. Sólo recientemente ha alterado este método, manteniendo que el lenguaje del modernismo o el postmodernismo debe ser entendido como una respuesta a los eventos que caracterizan nuestro siglo, en particular a la exterminación de los judíos en Europa.<sup>51</sup>

Si bien es cierto que la adopción del modernismo literario como forma de representación histórica no se puede entender sin la presencia de aquellos acontecimientos, no es verdad que el recurso al mismo sea un movimiento práctico o una consecuencia de la ocurrencia de esos eventos. Al contrario, defenderemos, la presencia del modernismo puede conectarse con muchos de los presupuestos y objetivos teóricos de White. De la misma manera, sólo tiene sentido en el interior de su actual forma de comprensión de los presupuestos lingüísticos de la historiografía.

Tanto en *The Practical Past* como en los ensayos anteriormente citados, White destaca que las nuevas tendencias históricas imposibilitan tratar los problemas suscitados por el Holocausto en términos de categorías tradicionales, es decir, en función de su adecuación a la realidad. Al contrario, debe plantearse en relación con los efectos derivados del evento en el presente y en atención a los contextos de enunciación de proposiciones históricas sobre el mismo y al carácter *ilocutivo* de algunas de ellas. En base a esta condición, podemos justificar la imposibilidad de aplicar las tramas narrativas tradicionales a este acontecimiento. Como ya defendía White en *El contenido de la forma*: «Cuando se trata de proporcionar una narrativa de acontecimientos reales, hemos de suponer que debe existir un tipo de sujeto que proporcione el impulso necesario para registrar su actividades»<sup>52</sup>. Una subjetividad que, para alcanzar una visión sinóptica de los eventos, debe mantener algún tipo de independencia respecto a aquellos. El *efecto de cierre* de la narrativa tiene la tarea de certificar el fin de las consecuencias performativas del propio relato. De ahí la imposibilidad de aplicarlas en este contexto, donde dicho efecto no ha tenido todavía fin.

Una vez que ha quedado vetada la posibilidad de construir una trama en torno a los fenómenos como el Holocausto, es preciso explorar las alternativas representacionales. La peculiaridad de White es que, al contrario que otros autores como Berel Lang<sup>53</sup>, no defenderá el recurso a un modelo no figurativo de escritura —White no cree en la posibilidad de que tal modelo— sino a un modelo que, siendo narrativo, toma autoconciencia de su narratividad y de las consecuencias que ella implica; situación que conduce al esfuerzo tácito por negar dicha narratividad en su propia forma de expresión. De ahí la necesidad de esta-

<sup>51</sup> KANSTEINER, W., «Hayden White's Critique of the Writing of History», o. c., p. 277.

<sup>52</sup> WHITE, H., *El contenido de la forma*, o. c., p. 72.

<sup>53</sup> LANG, B., «It is posible to misrepresent the Holocaust?» en: Fay, Brian; Pomper, Philip; Vann, Richard (eds). *History and Theory: Contemporary Reading*, Blackwell Publishers, Corwall, pp, 245-250.

blecer una distinción entre *narrar* y *narrativizar*<sup>54</sup>. Esta separación analítica abre un nuevo espacio en las técnicas de representación. Al no fusionar directamente la narración de los eventos con su narrativización, White plantea la posibilidad de un discurso histórico que narre pero no narratice, condición que a su juicio satisface la literatura modernista. Veamos cómo plantea esta separación:

Deberíamos remarcar las diferencias entre la narración (La *enonciation*, la afirmación) [...] y la narrativización (la disposición de lo que es dicho bajo la forma de un relato). La narración tiene que ver con la voz, el tono y el modo de la afirmación, [...] la narrativización es el producto del modo de trama utilizado por el narrador para dotar a los eventos elegidos para la presentación de un valor de un tipo específico —cognitivo, moral, ideológico, religioso...<sup>55</sup>

La distinción entre *narrar* y *narrativizar*, sobre la que se define la aportación del modernismo literario, sólo tiene sentido bajo el trasfondo teórico que ofrece la teoría de los actos de habla. Al fin y al cabo, aquella nos permite distinguir analíticamente entre tres actos presentes en cada enunciación: el locutivo —que aquí se correspondería con *narrar*—, el ilucutivo y el perlocutivo —que se correspondería con la acción de *narrativizar*. Desde este proyecto de narración sin narrativización podemos entender las aportaciones de las técnicas del modernismo literario a las técnicas de escritura de la historia. Esta metodología se traducirá en un nuevo modelo de escritura, cuyo rasgo básico será la *intransitividad*. Aquí White recoge otra tesis barthesiana. Barthes defendía en su ensayo «Escribir, ¿un verbo intransitivo?»<sup>56</sup> que, bajo las técnicas contemporáneas del modernismo literario, el acto de escritura se ha vuelto intransitivo. Es decir, no tiene un objeto intencional al que se aplica, su único objeto es la escritura misma. Esta condición cambia radicalmente el carácter del propio autor en el discurso. Por este motivo, White defenderá que es necesario implementar este modelo en la representación del Holocausto porque es el que mejor da cuenta de la inmersión del historiador en el interior de los procesos históricos que trama y de la presencia de los efectos performativos de su propio discurso.

## CONCLUSIONES

Estas propuestas permiten entender este modelo representacional como una adaptación, en su propio esquema representativo, de la toma de conciencia de los efectos performativos derivados del uso de la narrativa tradicional, para

<sup>54</sup> La distinción entre estos dos verbos y su traducción al castellano no deja de resultar polémica. Al fin y al cabo, el término *narrativización* no tiene un reconocimiento explícito en nuestra gramática. A estas precisiones gramaticales y conceptuales Hayden White dedica un apéndice al final de su capítulo «Historical Discourse and Literary Theory» en WHITE, H. *The Practical Past*, o. c.

<sup>55</sup> WHITE, H., *The Practical Past*, o. c., p. 94

<sup>56</sup> BARTHES, R., «Escribir, ¿un verbo intransitivo?» en *El susurro del lenguaje*, o. c., pp. 23-35.

subvertirlos y evitar la consecución de dichos efectos. Por lo tanto, la adopción del modernismo antinarrativo no es meramente un recurso derivado de la imposibilidad de tramar eventos como el Holocausto. Al contrario, la propia justificación teórica de este modelo de escritura explicita muchos de los principios teóricos que White desarrolló en *Metahistoria* y podemos enlazarlos con el objetivo que vertebra toda su obra. Este método presupone la constatación de la imposibilidad de seguir manteniendo una frontera nítida entre historia y literatura. No es esta la única separación rechazada en *Metahistoria* cuya negación refleja el modernismo. Tal y como desarrolla el propio pensador norteamericano en «El postmodernismo y las ansiedades textuales» la literatura modernista ha desdibujado los límites entre los acontecimientos y su representación, los documentos y los textos literarios, los textos y sus contextos etc. Son condiciones que dotan al uso de este modelo de escritura de una condición metateórica y autorreflexiva. En este sentido su legitimación entronca directamente con el recurso a la ironía como tropo. Por lo tanto, de la misma manera que la ironía se puede arrogar cierta superioridad —o especificidad— respecto al resto de tropos, también podemos atribuírsela al modernismo literario, pues «es más “objetiva” que la escritura histórica basada en hechos en la medida en que muestra sus modos de producción como elementos de su “contenido”»<sup>57</sup>.

El recorrido trazado por la obra de Hayden White nos permite defender nuestra interpretación en relación a dos cuestiones. En primera instancia, que en White podemos detectar un hilo conceptual que nunca abandona y que permite perfilar los rasgos de su narrativismo de forma coherente, durante los más de cuarenta años que distan de su *Metahistoria*. Nos referimos tanto al mantenimiento de las ya citadas distinciones básicas en el discurso histórico como a la tentativa de desarrollar una teoría de la historia autoconsciente. Por otro lado, encontramos una serie de modificaciones en cuanto al enfoque y las premisas que, si bien no legitiman distinguir entre un primer y un segundo Hayden White, si permiten establecer ciertas discontinuidades. Hemos tratado de justificar, frente a otros intérpretes, en qué medida aquellas no se limitan a ser una consecuencia de la necesidad de adaptar su teoría a fenómenos como el Holocausto. Al fin y al cabo, el giro a través del cual comienza a articularse dicho cambio se puede situar en *El contenido de la forma*, obra que no se focaliza en problemas historiográficos del pasado siglo. En este sentido, la herramienta exegética para dar cuenta de este cambio es el nuevo enfoque en aspectos de tipo moral, ideológico o ético-político cuya condición prioritaria respecto a la retórica aparece implícitamente en *El contenido de la forma* y tiene su máxima expresión en *The Practical Past*. Por ello, la mejor forma de dar cuenta de este cambio de articulación entre las dos dimensiones consiste en explicitar los cambios en los presupuestos lingüísticos que retoma. En este

---

<sup>57</sup> WHITE, H., «La postmodernidad y las ansiedades textuales» en: *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría* (1957-2007), Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2011, p. 530.

sentido, el giro performativo, aplicado a la función poética del lenguaje histórico —el paso del enunciado al acto de enunciación—, es el que nos permite dar cuenta de la prioridad de lo ético-político respecto a la tropología. Además, la primacía de lo performativo en el lenguaje le ofrece un marco para enfrentarse a los retos derivados de la historia contemporánea, sin por ello desligarse del mantenimiento de muchas de sus premisas. Al fin y al cabo, la reivindicación de la necesidad de escribir de forma intransitiva, hecha sólo posible bajo el reconocimiento del carácter performativo del lenguaje, puede leerse como una reactualización del mismo principio que motivaba *Metahistoria*: ofrecer recursos teóricos para que el historiador no sea ingenuo respecto a los presupuestos subyacentes a los procesos de escritura de la historia.

Universidad de Murcia  
rafaelperbaq@gmail.com

RAFAEL PÉREZ BAQUERO

[Artículo aprobado para publicación en enero de 2018]